

# Claves conceptuales para comprender la arqueología japonesa a principios del siglo XXI

## 1. Introducción

Entre los años 2001 y 2010, sumando las investigaciones académicas planificadas y las excavaciones de emergencia, se llevaron a cabo en Japón más de 85.000 excavaciones arqueológicas (Bunkachō bunkazaibu kinenbutsuka 2012:9). Como esta cifra indica, la arqueología es una disciplina científica que

moviliza cada año en este país asiático una ingente cantidad de recursos económicos y humanos, dando como resultado la recuperación constante de materiales y datos arqueológicos. Sin embargo, a pesar de que esta especialidad disfruta de una firme posición en el ámbito académico y universitario japonés desde fines del siglo XIX, gozando además de un gran prestigio social, la arqueología japonesa adolece hoy día de una inquietante falta de proyección internacional. Si nos referimos a la responsabilidad de los especialistas occidentales en esta problemática, es necesario recordar que, a la distancia física que separa Japón de áreas del mundo como Europa, se unen además las distancias idiomáticas y conceptuales, que constituyen barreras cuasi infranqueables si no es a través de una prolongada y continua preparación por parte de los investigadores no nativos. Es decir, estas distancias obligan no sólo a adquirir un profundo conocimiento del idioma japonés a lo largo de un extenso período de tiempo, sino también a conocer y comprender las bases teóricas y culturales sobre las que se asienta esta disciplina en Japón.

Este artículo nace con el propósito de ofrecer al lector hispanohablante una panorámica concisa de aquellas claves conceptuales que permiten un primer acercamiento a la arqueología japonesa. Tras ofrecer una breve historia de los estudios arqueológicos en Japón y otras zonas adyacentes, el autor explicará como se organiza esta disciplina desde un punto de vista temporal y espacial, haciendo hincapié finalmente en los ejes en torno a los cuales se ha articulado el discurso arqueológico en Japón.

## 2. Una breve historia de la arqueología japonesa

Se dice que el interés hacia el pasado es casi tan antiguo como la propia especie humana, y lo cierto es que la sociedad japonesa no constituye una excepción en este sentido. Ya algunos de los primeros japoneses de época histórica se sintieron atraídos por vestigios de un pasado que no acertaban a comprender, y para explicar la existencia de tales restos recurrieron a figuras, personajes y fenómenos pertenecientes –a nuestros ojos– al ámbito de lo sobrenatural y lo fantástico. Así, por

Dr. Rafael Abad  
de los Santos

Profesor del Grado en Estudios de Asia Oriental de la Universidad de Sevilla.  
Doctor en Humanidades (Historia) por la Universidad de Hokkaidō (2009).  
Especialista en Historia y Arqueología del Archipiélago Japonés.

ejemplo, los depósitos prehistóricos del período *Jōmon* denominados en la actualidad *kaizuka* o “montículos de conchas” –resultado de la explotación de recursos marinos a lo largo de decenas e incluso cientos de años– eran explicados en crónicas del siglo VIII como huellas de la actividad de gigantes que engullían copiosas cantidades de molucos (Saitō 1974: 7).

El interés hacia los restos arqueológicos adquirió paulatinamente un carácter más formal durante el período Edo, cuando, al amparo de la estabilidad política, económica y social propiciada por el régimen Tokugawa, surgieron algunas sociedades de anticuarios, diletantes y aficionados a los “objetos antiguos”. Las primeras investigaciones arqueológicas en un sentido estricto, sin embargo, no se llevarían a cabo hasta la década de 1870, cuando algunos occidentales, llegados a Japón en el contexto de la modernización iniciada con la restauración Meiji (1868), realizaron las primeras excavaciones y estudios modernos. Entre éstos, cabe destacar al estadounidense Edward Sylvester Morse (1838-1925), a los británicos John Milne (1850-1922) y William Gowland (1842-1922), y al alemán Heinrich von Siebold (1838-1925). Sus indagaciones conllevarían no sólo la introducción de una nueva praxis científica (la propia idea de “excavación” fue transmitida por ellos), sino también la difusión de conceptos (v.g. “Edad de Piedra”) que entraron en conflicto con una visión del pasado cimentada hasta aquel entonces en fuentes escritas, como las crónicas imperiales.

Esta etapa daría paso, a partir de la segunda mitad de la década de 1880, a un proceso gradual de institucionalización de esta disciplina en un nuevo marco académico y universitario: nacimiento de la Sociedad Antropológica de Tōkyō (1884), creación del “Laboratorio de Antropología” en la Universidad de Tōkyō (1888), fundación de la Sociedad Arqueológica de Japón (1895), etc. Aunque es indudable que la presencia de estos occidentales supuso un estímulo determinante, los japoneses fueron conscientes desde un momento temprano de que la arqueología no era una ciencia políticamente neutra, y las investigaciones de personajes como Morse y Siebold reflejaban al mismo tiempo la posición subordinada de Japón con respecto a las grandes potencias imperiales. Por ello, la creación de estas sociedades y organismos en un corto espacio de tiempo no fue consecuencia únicamente del interés hacia los restos materiales de un remoto pasado, sino también resultado de una voluntad política deseosa de obtener la independencia científica y técnica de Occidente.

La arqueología en Japón fue definida inicialmente como una subdisciplina de la antropología, quedando dividida a su vez en dos grandes áreas, una dedicada al estudio de la cultura de la “Edad de Piedra” (en la actualidad, la cultura *Jōmon*), y otra centrada en los mausoleos de colosales dimensiones conocidos como *kofun* (literalmente, “túmulo antiguo”). Sin embargo, en la década de 1910 el arqueólogo Hamada Kōsaku (1881-1938) fundó el departamento de arqueología en la Universidad de Kyōto, que jugó un papel fundamental en el establecimiento de la arqueología como una disciplina independiente dentro del ámbito de las Humanidades (Abad 2010: 445-447). Igualmente, la llamada “escuela arqueológica de Kyōto” fue esencial en la difusión de métodos modernos como la tipología y la estratigrafía, y en la ampliación de los límites cronológicos de las áreas de estudio, incluyendo por primera vez los restos materiales de períodos históricos.

Durante las décadas de 1920 y 1930 se consolidó la división formal entre la antropología y la arqueología, y jóvenes arqueólogos como Yamanouchi Sugao y Morimoto Rokuji, concentraron sus esfuerzos en los estudios tipológicos de la cultura material –especialmente la cerámica– de los períodos *Jōmon* y *Yayoi*. En una época en la que todavía no habían sido desarrollados métodos de datación absoluta, la clasificación y ordenación tipológica de la cerámica permitió el establecimiento de las primeras secuencias cronológicas de la prehistoria japonesa. Asimismo, ello permitió percibir de un modo nítido las diferencias sociales y económicas entre estas etapas, quedando definido el

período *Jōmon* como una fase protagonizada por cazadores y recolectores, y el período *Yayoi* como una fase caracterizada por la introducción de la agricultura y el metal en el archipiélago (Abad 2010: 447-451).

Tras el paréntesis de la IIª Guerra Mundial, que supuso no sólo la paralización de los estudios arqueológicos sino también la muerte de investigadores en el frente de batalla, la arqueología japonesa experimentó un profundo proceso de reorganización. Como veremos en el siguiente apartado, la pérdida de los territorios de ultramar –controlados no sólo desde un punto de vista político o económico, sino también académico y científico– significó la imposibilidad de continuar con los estudios realizados en áreas como Taiwan y la península de Corea, obligando al mismo tiempo a un repliegue interior, en virtud del cual los arqueólogos japoneses quedaron “circunscritos” al territorio estrictamente “nacional”. Por otra parte, la caída del régimen ultranacionalista impulsó la difusión de una nueva concepción de la historia japonesa, cuya etapa más antigua fue redefinida con la ayuda de la arqueología, desterrando definitivamente un modelo en donde el linaje imperial

era considerado el eje del relato histórico. Además, esta nueva concepción se vió reforzada gracias al descubrimiento de útiles líticos en el yacimiento de Iwajuku (Gunma) en 1946, que supondría la confirmación oficial de la existencia de una cultura paleolítica en el archipiélago.

La reestructuración del mundo arqueológico tras la posguerra quedó reflejada también en la creación de nuevos organismos, como la Asociación Arqueológica Japonesa (1951, *Nihon Kōkōgaku Kyōkai*), y la irrupción de movimientos sociales relacionados con la excavación y protección del patrimonio arqueológico. Por ejemplo, en 1955 las protestas ciudadanas lograron paralizar la demolición del *kofun* de Itasuke (s. V d.C.) en Ōsaka, sobre el cual se había planificado la construcción de bloques de viviendas. Otro caso paradigmático es la excavación del *kofun* de Tsukinowa (s. V d.C.) en Okayama, que movilizó a cientos de ciudadanos bajo la dirección de arqueólogos profesionales en 1953.

Sin embargo, la recuperación económica del país, especialmente visible a partir de la década de 1960, estuvo acompañada por efectos no necesariamente positivos en el ámbito de la arqueología. Por ejemplo, en el año 1963 el número de excavaciones de emergencia –destinadas básicamente al registro de yacimientos cuya existencia ha sido revelada por la construcción de obras públicas o privadas– sobrepasó por primera vez el número de excavaciones planificadas (Teshigawara 1994:



Foto 1 – Aspecto de la excavación de un conchero del período *Jōmon* en la localidad de Usu, Hokkaidō (2003, fotog. del autor)



228). Esta tendencia no ha hecho sino intensificarse a lo largo de las últimas décadas, posibilitando la recuperación de un cuantioso volumen de restos arqueológicos que, sin embargo, no pueden ser estudiados en detalle debido precisamente a esta dimensión cuantitativa.

### 3. ¿“Arqueología japonesa” o “arqueología de Japón”?

Aunque en principio pueda parecer una cuestión baladí, desde una perspectiva histórica los términos “arqueología japonesa” y “arqueología de Japón” no deben ser empleados como locuciones con el mismo significado. En primer lugar, la expresión “arqueología de Japón” señala a las investigaciones realizadas sobre la superficie del Estado japonés, que está constituido en la actualidad por cuatro islas principales (de norte a sur Hokkaidō, Honshū, Shikoku y Kyūshū), a las que se añade una infinidad de islas menores. Sin embargo, la expresión “arqueología japonesa” designa al conjunto de excavaciones y estudios llevados a cabo por arqueólogos nipones no sólo en Japón sino también en todas aquellas áreas que quedaron englobadas dentro del territorio del imperio japonés entre las postrimerías del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Dicho con otras palabras, la historia de la “arqueología japonesa” está ineludiblemente asociada a un proceso de expansión colonial –paralelo a la modernización de Japón–, que se iniciaría en 1895 con la anexión de Taiwan y la península de Liaodong, y no concluiría hasta la derrota en la IIª Guerra Mundial.

Una de las figuras que representa de un modo más nítido la relación entre la arqueología y el imperialismo japonés es Torii Ryūzō (1870-1953) (Abad 2010: 443-445). Hijo de un próspero comerciante de Tokushima, Torii se unió a la temprana edad de 16 años a la Sociedad Antropológica de Tōkyō, convirtiéndose algunos años después en parte del personal del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Tōkyō (renombrada Universidad Imperial de Tōkyō en 1897). Pero a diferencia de otros investigadores, cuya labor se limitó al archipiélago japonés, Torii emprendió una intensa actividad de campo en los territorios de ultramar. En 1895, tras la conclusión de la primera guerra sino-japonesa, embarcó hacia la península de Liaodong, en donde descubrió dos “dólmenes” cerca de Hsimucheng. En 1896, 1897, 1898 y 1900 viajó a Taiwan para investigar a los aborígenes de la isla, confirmando también la presencia de yacimientos de la Edad de Piedra en Yuanshan. Exploró las islas Kuriles –oficialmente territorio japonés desde 1875– en 1899, llevando a cabo una investigación que marcaría el rumbo de la polémica sobre los primeros habitantes de Japón. En 1902-1903 visitó el sudoeste de China. Después de la victoria en la guerra rusa-japonesa (1904-1905), exploró Manchuria y Mongolia durante la segunda mitad de la década de 1900, pasando luego a la península de Corea, anexionada en 1910. Y siguiendo a la Revolución rusa de 1917 y la intervención militar japonesa, investigaría en Siberia (1919 y 1921) y Sakhalin (1921).

Aunque la actividad de campo de Torii no concluiría en este punto, esta breve descripción ya muestra de una forma explícita la superposición entre la expansión imperial de Japón y la difusión de la arqueología moderna en el Asia Oriental. Es importante subrayar que esta superposición no implicó únicamente una transmisión neutral de métodos y conceptos, y que algunas de las investigaciones de Torii estaban provistas de un carácter netamente ideológico. Por ejemplo, es bien sabido que Torii fue un firme defensor de la teoría según la cual japoneses y coreanos compartían ancestros comunes (*nissen-dōso-ron*), y rechazó la posible independencia de Corea basándose en su interpretación de los restos arqueológicos descubiertos en Japón y el continente. Por otra parte, es necesario tener en cuenta que si bien Torii disfrutó del patrocinio de numerosos organismos, tanto públicos como privados, muchas de sus investigaciones respondían a sus propias motivaciones académicas e intelectuales, y fueron llevadas a cabo de forma individual.

La presencia de los arqueólogos japoneses en los territorios de ultramar adquiriría un carácter más formal a partir de la década de 1910. Por ejemplo, en 1916 el Gobernador General de Corea (*Chōsen Sōtokufu*) –el administrador jefe de Corea designado por el gobierno japonés– promulgó la “ley de conservación de yacimientos y artefactos” (*koseki oyobi ibutsu hozon kisoku*), que prohibía la realización de excavaciones sin el consentimiento expreso de la administración japonesa, al tiempo que subvencionaba investigaciones bajo su propia dirección (Tamura 1976: 56). La práctica totalidad de los estudios arqueológicos realizados en Corea hasta 1945 estuvieron dominados de hecho por arqueólogos japoneses, lo cual significaba también la plena “disponibilidad” de los restos materiales recuperados en la península, incluyendo, por supuesto, su traslado a Japón. Una situación similar se produciría en los otros territorios que formaban parte –oficial o extraoficialmente– del imperio, como Manchukuo, en teoría un Estado independiente.

Por otra parte, la arqueología japonesa dentro del contexto colonialista no puede hacernos olvidar la existencia de proyectos y organizaciones originados por una filosofía diferente. Por ejemplo, en 1926 era fundada la Asociación Arqueológica de Oriente (*Tōhō Kōkōgaku Kyōkai*), en cuya creación tomaron parte arqueólogos japoneses e investigadores chinos (Sakazume 1997: 23-25). Entre los primeros destacan el ya citado Hamada Kōsaku, Harada Yoshito y Shimamura Kōzaburō, mientras que entre los segundos puede citarse a los historiadores Zhu Xizhu y Chen Yuan y al especialista en epigrafía Ma Heng. Esta asociación nació con el objetivo de fomentar la arqueología a través de investigaciones conjuntas que reuniesen a investigadores de ambas nacionalidades, respetando siempre la jurisdicción local sobre los restos materiales descubiertos.

Sin embargo, a pesar de que los arqueólogos japoneses tuvieron un rol fundamental en la introducción de esta disciplina en el Asia Oriental, su vinculación, directa o indirecta, con el imperialismo japonés constituye una pesada losa que ha impedido durante largo tiempo una correcta aproximación historiográfica a este problema. Por ejemplo, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, autores como Saitō Tadashi (1974) y Teshigawara Akira (1994) han analizado la historia de las investigaciones arqueológicas realizadas por japoneses, pero limitando siempre su relato a la línea de acontecimientos en el archipiélago japonés. De este modo, la historia de la “arqueología japonesa” queda restringida *a priori* a la historia de la arqueología en Japón, y temas clave como la participación de los arqueólogos nipones en el entramado colonialista han sistemáticamente ignorados hasta fechas recientes.

#### 4. Paleolítico, Jōmon, Yayoi, Kofun

La principal periodización arqueológica empleada en la actualidad en Japón distingue cuatro grandes etapas culturales –períodos Paleolítico, *Jōmon*, *Yayoi* y *Kofun*–, que se corresponden al mismo tiempo con cuatro áreas académicas con una personalidad propia. A diferencia de amplias zonas de Eurasia, incluyendo la Península Ibérica, en donde el Sistema de las Tres Edades (Edades de la Piedra, Bronce y Hierro) planteado por el arqueólogo danés Christian Jürgensen Thomsen continúa siendo una herramienta primordial para comprender la Prehistoria, esta periodización japonesa no es resultado de una formulación sistemática por un único autor, sino fruto de la propia evolución de esta disciplina desde el siglo XIX.

El Paleolítico –es decir, la etapa más antigua– fue, irónicamente, el último período arqueológico incorporado a este sistema. Como se ha mencionado en el capítulo 2, en 1946 fueron descubiertos

en Iwajuku (Gunma) artefactos de fabricación humana dentro de los llamados “estratos de *loam* de Tōkyō” –sedimentos originados por la transformación de productos de origen volcánico en arcilla–. Poco después, una excavación en este yacimiento corroboró la existencia de útiles líticos en estratos con una antigüedad de entre 30.000 y 10.000 años, confirmando la presencia de una tradición tecnológica que, según los criterios de la arqueología occidental, debía ser calificada como “paleolítica”. Esto significaba que el archipiélago japonés había sido ocupado por grupos de cazadores y recolectores nómadas durante el Pleistoceno, precediendo a los portadores de la que hasta entonces había sido considerada la cultura más antigua del archipiélago, es decir, la cultura *Jōmon*, que tiene en la cerámica uno de sus elementos más distintivos. Por ello, para designar a esta etapa los investigadores japoneses propusieron inicialmente términos como “período pre-*Jōmon*” (*sen-jōmon-jidai*), “período precerámico” (*sen-doki-jidai*) o “período acerámico” (*mu-doki-jidai*), a los que se uniría la expresión “período (de) Iwajuku” (*iwajuku-jidai*), sugerida por Sahara Makoto en 1987 y que ha ganado partidarios a lo largo de las siguientes décadas (Suzuki 1994: 5). Sin embargo, en una gran parte de los estudios arqueológicos actuales continúa aludiéndose a esta etapa como “período Paleolítico”, una denominación que, al menos desde una perspectiva internacional, resulta menos problemática y es fácilmente comprensible para investigadores ajenos al particular desarrollo de la arqueología japonesa.

Los conceptos “período *Jōmon*” y “período *Yayoi*” fueron definidos básicamente en la década de 1930 (Abad 2010: 447-450). En primer lugar, con el término “período *Jōmon*” se alude al espacio de tiempo durante el cual el archipiélago fue habitado por sociedades de cazadores y recolectores con un alto grado de sedentarismo y provistos de una cultura material –incluyendo la cerámica– similar a la de las primeras comunidades neolíticas en el Próximo Oriente. No obstante, es imprescindible señalar que la cronología atribuida a este período ha sido ampliamente revisada desde la década de 1930. Hasta mediados del siglo XX se pensaba de un modo generalizado que la fecha de inicio de este período se situaba en el tercer milenio a.C., pero desde finales de la década de 1950 las dataciones por carbono 14 han revelado cifras considerablemente más antiguas. Por ejemplo, la datación del conchero de Natsushima (Kanagawa) hecha por la Universidad de Michigan en 1959 mostró valores de  $9.450 \pm 400$  BP y  $9.240 \pm 500$  BP, y la datación de la cueva de Fukui (Nagasaki) arrojó una antigüedad de más de 12.000 años (Serizawa 1967). Más recientemente, la datación de los fragmentos de cerámica descubiertos en el yacimiento de Ōdaiyamamoto (Aomori) ha obtenido un valor de 13.800 años (16.500 Cal. BP), pero estos fragmentos carecen de los típicos motivos decorativos de las vasijas *jōmon* y su pertenencia a esta cultura es objeto de debate (Kosugi 2011). Por ello, parece más adecuado hacer coincidir los orígenes de la cultura *Jōmon* con el inicio del Holoceno –la actual era geológica– y establecer el principio de este período, no a partir de la invención de un único elemento material como la cerámica, sino de una verdadera transformación en los modos de vida, tal como muestra el surgimiento de las viviendas-foso y los concheros.

Por su parte, el término “período *Yayoi*” designa al intervalo comprendido entre la introducción de la agricultura intensiva basada en el cultivo del arroz y la aparición de colosales túmulos denominados *kofun*. Aunque este concepto no ha sufrido modificaciones sustanciales desde que investigadores como Yamanouchi Sugao y Morimoto Rokuji lo definiesen en la década de 1930, sin embargo, al igual que en el caso del período *Jōmon*, la cronología asignada a esta etapa ha sido revisada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Hasta la década de 1970, se pensaba que la difusión de la agricultura en el archipiélago japonés se había producido en torno al siglo III a.C., pero desde la década de 1980 diversos autores han planteado la posibilidad de una fecha de inicio uno o dos siglos más antigua (Ōnuki 2005). Más allá, en el año 2003 investigadores del Museo Nacional de Historia

Japonesa presentaron los resultados obtenidos a partir de nuevas técnicas de datación en yacimientos de este período, proponiendo que la transmisión de la agricultura se produjo 500 años antes de lo que tradicionalmente se había estimado. Esta teoría, que supone situar el principio del período *Yayoi* en los siglos X-IX a.C., ha causado una fuerte conmoción en el mundo arqueológico japonés y continúa siendo objeto de debate en la actualidad (Wakasa 2011).

Por último, el término “período *Kofun*” se aplica a una fase proto-histórica caracterizada desde el punto de vista arqueológico por la construcción de enormes estructuras funerarias entre los siglos III y VII d.C., que reflejan un creciente grado de complejidad social y el establecimiento de alianzas políticas entre líderes territoriales, prefigurando la formación de una verdadera organización estatal en época histórica. De las cuatro etapas que conforman la principal periodización arqueológica en Japón, este concepto es el que goza de mayor tradición en el ámbito académico, ya que su formulación se remonta a finales del siglo XIX. No obstante, para comprender el verdadero significado de este concepto, es imprescindible recordar el contexto político en el que fue enunciado. Es decir, durante la década de 1890 habían sido reconocidos en Japón dos grandes conjuntos arqueológicos: uno, el de la Edad de Piedra (identificado ahora como período o cultura *Jōmon*), y otro, el de los *kofun*. Sin embargo, mientras que la cultura de la Edad de Piedra fue atribuida a una raza de primitivos salvajes sin ninguna relación con los japoneses –y por tanto su estudio no implicaba ningún riesgo desde un punto de vista legal o político–, muchos de los *kofun* habían sido asociados en épocas pasadas a miembros, ya históricos ya míticos, del linaje imperial. Con el pretexto de que todavía se desconocían los sepulcros de algunos emperadores, el gobierno meiji promulgó en 1874 una ley que prohibía la excavación de los *kofun*, y aunque el trabajo de identificación finalizó una década después, la prohibición de excavar en aquellos túmulos reconocidos oficialmente como mausolos imperiales no fue levantada (Tsude 1986). Esta asociación continúa limitando la investigación arqueológica en la actualidad y, por ejemplo, el *kofun* de Hashihaka (Nara), considerado el primer túmulo de tipo *zenpō-kōen* con su característica planta en forma de ojo de cerradura, no ha podido ser excavado, debido a que el ministerio de la casa imperial lo considera la tumba de la princesa Yamato-totohimoso e impide la entrada de investigadores.

## 5. Arqueología del norte / arqueología del sur

Aunque las culturas asociadas a los períodos Paleolítico, *Jōmon*, *Yayoi* y *Kofun* constituyen el núcleo “central” de la arqueología japonesa, existen territorios dentro del archipiélago japonés cuya evolución histórica siguió caminos considerablemente diferentes. En concreto, Hokkaidō, en el norte, y el archipiélago Nansei (Ryūkyū), en el sur, fueron escenario de la aparición y el desarrollo de culturas con unas bases socio-económicas, políticas y religiosas particulares, que deben ser explicadas en un apartado propio.

En la actualidad se considera a Hokkaidō como un área más dentro de la esfera de distribución de la cultura *Jōmon*. Sin embargo, la introducción en el archipiélago de la agricultura intensiva del cultivo del arroz hace 2.500 años –que marca el inicio del período *Yayoi* en Shikoku, Kyūshū y Honshū– no tendría una influencia real en esta isla, en donde la cultura *Jōmon*, es decir, un sistema que descansaba básicamente sobre la caza, la pesca y la recolección de alimentos, persistió sin grandes alteraciones. Esta fase de continuidad, localizada cronológicamente entre los siglos III a.C. y VII d.C., fue denominada en la década de 1930 por Yamanouchi Sugao como *zoku-jōmon* (*zoku* = continuación) (Kosugi 2011: 272), expresión que sigue utilizándose en la actualidad y que suele ser traducida a lenguas occidentales como *epi-jōmon* (del griego ἐπι-, es decir, “sobre”).



La cultura *zoku-jōmon* daría paso, durante los siglos VIII-IX, a una nueva cultura arqueológica conocida como *satsumon*, nombre que procede de las marcas o estrías que se observan en la cerámica de esta fase y que son resultado de un proceso de nivelado de la superficie. La *satsumon* es la última cultura de Hokkaidō en la cual la cerámica fue usada como útil de cocción, tradición que habría de desaparecer con el establecimiento de la cultura *ainu* hacia el siglo XIII. Al igual que en los períodos precedentes, las actividades cinegéticas continuaron proporcionando una fuente importante de recursos alimenticios, pero, a juzgar por la posición de los yacimientos, parece que las actividades pesqueras adquirieron un mayor peso durante esta etapa. Asimismo, es posible señalar la existencia de una agricultura de carácter incipiente.



Foto 2 – Posible aspecto de una vivienda del período *Satsumon*, reconstruida en el yacimiento de Tokoro (fotografía del autor, 2008)

Esta cultura material, sin embargo, no se distribuye por todo Hokkaidō, y especialmente en la costa nororiental de la isla se observan en el mismo período yacimientos con una personalidad diferente, que son englobados bajo la expresión “cultura (de) Okhotsk”. La cerámica asociada a esta cultura guarda una estrecha relación con la producción de alfarería del sur de Sakhalin y la cuenca inferior del río Amur, y sus creadores fueron probablemente grupos de cazadores y pescadores con una alta movilidad dedicados a la captura de mamíferos marinos. No obstante, en los yacimientos de la cultura Okhotsk se observan algunos fenómenos, como los depósitos de cráneos de plantígrados, que sugieren una conexión con la posterior cultura *ainu*.

Finalmente, hacia el siglo XIII surge una nueva cultura con una serie de elementos materiales característicos: viviendas con planta a nivel de superficie, por oposición a la vivienda-foso, que había sido el tipo predominante hasta entonces; hogares centrales en el interior de las casas, en contraste con los *kamado* o fogones contiguos a las paredes de las viviendas *satsumon*; útiles de metal como cacerolas, que ponen fin a la tradición de vasijas cerámicas inaugurada con el período *Jōmon*; estructuras de carácter defensivo denominadas *chashi*, etc. Se trata de la cultura *ainu*, que perduraría hasta el siglo XIX, cuando Hokkaidō se convirtió oficialmente en territorio de Japón.



Mientras, en el llamado archipiélago Nansei, compuesto por las islas situadas entre Kyūshū y Taiwan, se han distinguido tradicionalmente tres grandes períodos: Paleolítico, período de los Concheros o *Kaizuka*, y período *Gusuku* –que toma como nombre el término con el que se designan en Ryūkyū los castillos y fortalezas construidos en esta etapa–. En la periodización histórica de Japón, el período de los concheros se corresponde básicamente con el intervalo de tiempo comprendido entre los períodos *Jōmon* y *Heian*, y el período *Gusuku* sería paralelo al intervalo comprendido desde finales del período *Heian* (s. XII) hasta el período *Muromachi* (ss. XIV – XVI). Sin embargo, esta división parte de la premisa de que el archipiélago Nansei en su totalidad es un territorio con una trayectoria histórica cualitativamente diferente; en realidad, este conjunto de islas no constituye un área homogénea desde el punto de vista arqueológico, y es necesario distinguir tres grandes esferas culturales en su interior: la septentrional (Tanegashima, Yakushima, etc.), en donde se percibe claramente la influencia de las culturas *Jōmon* y *Yayoi*; la central (Amami), que desarrolló una cultura con una personalidad propia mientras recibía influencias desde Kyūshū; y la meridional (Miyako, Yaeyama, etc.), que alumbró un mundo prehistórico propio con una fuerte relación con territorios como Taiwan.

## 6. ¿Una arqueología de la identidad?

Desde un punto de vista histórico, la evolución de la arqueología moderna en Occidente, especialmente en el plano teórico y conceptual, con frecuencia es explicada como una sucesión de diferentes escuelas de pensamiento: evolucionismo, difusionismo, particularismo histórico, etc. La trayectoria de la arqueología en Japón no puede ser comprendida a partir de una serie de corrientes y tendencias netamente occidentales, pero sí es posible dilucidar básicamente su naturaleza a través del significado del término “Prehistoria” y la relación que los arqueólogos japoneses establecieron entre este concepto y los “japoneses”.

En este sentido, una primera fase, localizada entre el último tercio del s. XIX y el primer tercio del s. XX, estuvo dominada por la “separación” entre la Prehistoria o Edad de Piedra, por una parte, y la Protohistoria o la Edad de los *Kofun*, por otra, que fueron originalmente definidos como períodos cultural y cronológicamente inconexos. Según algunos eruditos occidentales, como el médico alemán Erwin von Bälz, los japoneses modernos eran el resultado de un proceso de mestizaje entre varios elementos raciales de origen asiático (Bälz 1883-1885). Aunque esta idea fue aceptada casi de forma unánime en el nuevo contexto académico y científico japonés surgido a fines del siglo XIX, los investigadores vinculados a las diferentes instituciones y sociedades se mostraron reacios a discutir públicamente los orígenes de los japoneses, porque este debate desembocaba de manera inevitable hacia temas más comprometidos, como la procedencia de la casa imperial. De este modo, arqueólogos y antropólogos se centraron en los estudios sobre la Prehistoria - Edad de Piedra y en la discusión sobre la identidad de los portadores de esta cultura.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de la década de 1910, investigadores como Hamada Kōsaku y Kiyono Kenji propusieron nuevas teorías que propiciaron un cambio de paradigma, al plantear que los antepasados de los japoneses ya habían habitado en las islas desde una época remota, caracterizada por una primitiva cultura, y que precedía a la aparición del registro histórico. Así, la Prehistoria fue considerada el primer “tiempo” en el que podía reconocerse la presencia de los “japoneses” en el archipiélago. Asimismo, durante las décadas de 1920 y 1930, a los dos grandes conjuntos arqueológicos reconocidos inicialmente se sumaría el período *Yayoi*, considerado como

una fase de grandes transformaciones sociales y económicas. De este modo, la Prehistoria japonesa quedó conformada por tres grandes áreas de estudio, pero entendiendo siempre a estos períodos y culturas como sub-unidades dentro de la historia de Japón. De hecho, el propio Hamada rechazaría la idea de dividir el curso histórico a partir de la aparición del documento escrito, proponiendo en lugar de la “Prehistoria” un nuevo concepto, la “Edad Primitiva”, que gozó de cierta difusión hasta la década de 1940.

Tras la IIª Guerra Mundial, el descubrimiento de artefactos pertenecientes al Pleistoceno en Iwajuku permitió la incorporación de una cuarta especialidad académica, la dedicada a los estudios paleolíticos, a este conjunto. Sin embargo, desde la década de 1950 en adelante, términos como “Prehistoria” o “Edad Primitiva” han caído casi completamente en desuso en Japón. Si bien puede reconocerse implícitamente que estas cuatro áreas pertenecen al ámbito de lo “prehistórico” (en el caso de la segunda mitad del período *Yayoi* y del período *Kofun*, sería más correcto el uso de “protohistórico”), no obstante, la “Prehistoria”, como concepto temporal y cronológico, ha sido prácticamente desterrada, y los arqueólogos japoneses no sienten la necesidad de integrar estos períodos y sus respectivas culturas dentro de una entidad de carácter global. Simplemente, las diferentes fases arqueológicas son reconocidas como “etapas” dentro de la “historia” de Japón o del archipiélago japonés. De este modo, la arqueología japonesa se ha convertido en la segunda mitad del siglo XX en un campo de carácter esencialmente doméstico, cuyos descubrimientos y avances siempre son noticia en tanto permiten arrojar luz sobre la cultura, los modos de vida y las costumbres de los antepasados de los actuales habitantes de las islas.

## Bibliografía

- Abad de los Santos, Rafael (2010): “Notas para una Historia de la Arqueología en Japón: de las Tradiciones Premodernas a la Década de 1940”. En San Ginés Aguilar, Pedro (ed.), *Colección Española de Investigación sobre Asia Pacífico (3) Cruce de Miradas, Relaciones e Intercambios*. Granada, Editorial Universidad de Granada. 437-453.
- Bälz, Erwin (1883-1885): “Die Körperlichen Eigenschaften der Japaner (1-2)”, *Mittheilungen der Deutschen Gesellschaft für Natur- und Völkerkunde Ostasiens*, Heft 28 - Band III / Heft 32 - Band IV. 330-359 / 35-103.
- Bunkachō bunkazaibu kinenbutsuka (2012): *Maizōbunkazai kankei keitōkeishiryō*. Bunkachō bunkazaibu kinenbutsuka, Tōkyō.
- Kosugi, Yasushi (2011): “Jōmon bunka”. *Hajimete manabu kōkogaku*. Yūhikaku Aruma, Tōkyō. 173-191.
- Ōnuki, Shizuo (2005): “Saikin no yayoi jidai nendai ron ni tsuite”. *Anthropological Science (Japanese Series)*, Vol. 113 No. 2. 95-107.

Saitō, Tadashi (1974): *Nihon kōkogaku shi*. Yoshikawa Hirobumi Kan, Tōkyō.

Sakazume, Hideichi (1997): *Taiheiyō senso to kōkogaku*. Yoshikawa Hirobumi Kan, Tōkyō.

Serizawa, Chōsuke (1967): “Nihon sekki jidai to 14C nendai”. *Dai yon ki kenkyū*, Vol. 6 No. 4. 239-242.

Suzuki, Tadashi (1994): “Iwajuku bunka ron - jidai koshō mondai to sono shuhen”. En Meiji Daigaku Kōkogaku Hakubutsukan (ed.), *Ronsō to kōkogaku - shimin no kōkogaku*. Meicho Shuppan, Tōkyō. 3-45.

Tamura, Kōichi (1976): “Kōkogaku wa donoyōni hattatsushi ka III Chōsen”. En Egami, Namio (dir.), *Kōkogaku zeminaru*. Yamakawa Shuppansha, Tōkyō. 56-59.

Teshigawara, Akira (1994): *Nihon kōkogaku no ayumi*. Meicho Shuppan, Tōkyō.

Tsude, Hiroshi (1986): “Nihon kōkogaku to shakai”. En Kondō, Yoshirō et al. (ed.), *Iwanami kōza nihon kōkogaku*. Iwanami Shoten, Tōkyō.

Wakasa, Tōru (2011): “Yayoi · kofun bunka”. *Hajimete manabu kōkogaku*. Yūhikaku Aruma, Tōkyō. 194-220.